



**LAS DROGAS
EN LA GUERRA**

UNA HISTORIA GLOBAL

ŁUKASZ KAMIŃSKI

CRÍTICA

Índice

Portada	
Sinopsis	
Citas	
Índice de tablas	
Prefacio	
Agradecimientos	
Prólogo	
Parte I. De la época premoderna al final de la segunda guerra mundial	
1. Época premoderna	
2. Napoleón en Egipto y las aventuras de los europeos con el hachís	
3. Las guerras del Opio	
4. La guerra de Secesión estadounidense , el opio, la morfina y el «mal del soldado»	
5. Las guerras coloniales y los temibles «bárbaros»	
6. De la coca a la cocaína	
7. La segunda guerra mundial	
Parte II. La guerra fría	
8. De la guerra de Corea a la guerra por el control mental	
9. En busca de técnicas y armas nuevas y maravillosas	
10. Vietnam	
11. El Ejército Rojo en Afganistán y el problema de la drogadicción	
Parte III. Hacia el presente	
12. Los ejércitos irregulares contemporáneos y el consumo de drogas	
13. Niños soldado bajo los efectos de las drogas	
14. Las drogas en las fuerzas armadas estadounidenses hoy en día	
Conclusión	
Epílogo: La guerra como droga	
Bibliografía	
Notas	
Créditos	

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

Łukasz Kamieński nos ofrece una nueva visión del papel que han desempeñado las drogas en la guerra, desde los héroes homéricos que consumían opio hasta, en la actualidad, los cientos de miles de niños soldados que combaten drogados. En esta historia aprendemos cómo los ingleses forjaron un imperio basado en el ron, cómo las tropas de Napoleón descubrieron el hachís en Egipto o cómo las drogas explican las peores aberraciones de la guerra de Vietnam. Pero, al margen de este escenario de guerras, Kamieński nos muestra que muchos de estos productos, prohibidos tan solo hace unos años, han formado parte por mucho tiempo de nuestra vida cotidiana, como la cocaína o como la heroína, lanzada al mercado en 1898, junto a la aspirina, como un sedante para la tos. Este libro, que *Foreign Affairs* califica de «profundo, perturbador e informativo», nos invita a ver la historia y el presente de las drogas con una nueva mirada.

La profesión del soldado probablemente es la más propensa al consumo regular de drogas.

D. T. COURTWRIGHT, *Las drogas y la formación del mundo moderno*, 2001

Los guerreros felices. Parecía como si estuvieran todos algo borrachos. Y lo estaban, pero por la emoción de los acontecimientos más que por el alcohol.

P. CAPUTO, *A Rumor of War*, 1996

Índice de tablas

- 10.1 Estupefacientes más habituales entre las tropas estadounidenses en Vietnam
- 10.2 Disponibilidad de drogas en Vietnam (en tantos por ciento)
- 10.3 Razones para el uso de drogas entre las tropas estadounidenses en Vietnam (en tantos por ciento)
- 10.4 Consumo de drogas entre los soldados estadounidenses en tres períodos de tiempo (en tantos por ciento)
- 12.1 Grado de consumo de drogas entre combatientes irregulares
- 12.2 Tipos de drogas consumidas por los combatientes irregulares
- 12.3 Sustancias consumidas por los combatientes en conflictos recientes
- C.1 Consumo de sustancias psicoactivas en conflictos armados

Prefacio

¿Quién contará algún día toda la historia de los narcóticos, que es casi la historia de la «cultura», de nuestra llamada cultura superior?

FRIEDRICH NIETZSCHE, *La gaya ciencia*

Carl von Clausewitz, el más grande e influyente teórico militar de Occidente, nos recuerda que el azar es algo de lo que la guerra «sin duda no carece ... No hay ninguna actividad humana que esté tan constante y generalmente en contacto con el azar».¹ En mi opinión, la investigación académica es otra actividad humana que a menudo cae en las redes del azar; el presente estudio es producto de ello. La idea del libro nació de forma inesperada, a modo de «efecto secundario» de mis investigaciones acerca de las aplicaciones biotecnológicas emergentes y futuras destinadas a uso militar (a saber: la psicofarmacología, la neurociencia y la ingeniería genética). Mientras trabajaba sobre las investigaciones del Pentágono enfocadas a obtener una «bala mágica» capaz de revolucionar el rendimiento y el humor de los soldados, enseguida caí en la cuenta de que todavía no se había escrito ninguna obra de conjunto sobre la historia del uso de drogas en la guerra. Lo mismo vale para el alcohol, el más antiguo y probablemente más popular estupefaciente militar. Espero, por tanto, que mi libro aporte algo de contexto en relación con las aplicaciones bélicas presentes y futuras de la psicofarmacología. Y es que, tal y como nos enseña Giambattista Vico, el gran filósofo napolitano,

tano del siglo XVIII, solo mediante el estudio de la historia podemos comprender los actos, los hechos y las ideas que han determinado el aspecto de nuestra época. Lo que Vico proponía era que, si queremos comprender los fenómenos y procesos contemporáneos, es preciso que nos remontemos a sus orígenes.

¿De qué trata este libro? Cuando pensamos en las palabras «drogas» y «guerra», generalmente las relacionamos de manera automática con la «guerra contra las drogas», es decir, un esfuerzo coordinado cuyo fin es limitar la producción, el tráfico, el comercio y el consumo de sustancias ilegales tanto en nuestros países como en el extranjero. Este volumen, sin embargo, no es un estudio sobre la guerra contra las drogas, sino un intento por comprender el papel que las drogas han desempeñado en la guerra. En él se habla de guerreros y de soldados, de gobiernos, de fuerzas armadas y de milicias de distintos tipos que han tratado de exprimir a fondo las propiedades de los estupefacientes. Es una historia social, cultural y política del uso de las sustancias psicoactivas en el campo de batalla.

Se dice a menudo que la historia de la humanidad es la historia de la guerra. Si bien esto constituye una exageración a todas luces, no deja de ser cierto que una de las características de nuestra historia es la enormidad de las guerras que han librado los humanos. Por mi parte, estaría dispuesto a defender que otro de sus rasgos vitales es el uso de estupefacientes. A lo largo de los siglos, casi todos los pueblos han empleado de distintas maneras multitud de sustancias susceptibles de alterar la conciencia. Escribir una historia completa de las drogas y la guerra tal vez sea imposible, ya que seguramente tal obra no podría escribirse debido al alcance histórico y geográfico del fenómeno. La mía, claro está, no es más que una de las historias posibles, una narración escrita sin perder de vista que podría haber seguido muchos otros derroteros.

Lo que me interesa son las sustancias potentes y más bien «controvertidas», la mayoría de las cuales, con la excepción del alcohol, se hallan sometidas hoy en día a rígidos regímenes de control estatal e internacional. No me centro, por tanto, en sustancias psicoactivas tradicionales y omnipresentes, como la nicotina, el tabaco y la caféina. Su uso por parte de las tropas todavía está permitido y no suscita los mismos debates que, por ejemplo, las anfetaminas.

¿Qué tienen en común la farmacología y la guerra? Suele decirse que el origen de la palabra «farmacología» se halla en la voz griega *phármakon*, que significa 'medicamento'. No obstante, es importante tener en cuenta que en la antigua Grecia la palabra *pharmākos* hacía referencia a alguien que servía como chivo expiatorio (por lo común un esclavo, un criminal, un tullido o alguien considerado poco agraciado) en los ritos de estado: los rituales públicos de purificación y las ceremonias destinadas a asegurar el bienestar y la buena fortuna de una comunidad. Al *pharmākos* se lo azotaba, se lo expulsaba y en ocasiones se lo lapidaba hasta la muerte. Es decir, que como afirma el psiquiatra húngaro-estadounidense Thomas Szasz, la raíz de la moderna «farmacología» no es «droga» ni «medicina», sino «chivo expiatorio». Cuando Grecia abandonó la práctica de los sacrificios humanos hacia el siglo VI a. C., la palabra *pharmākos* se transformó en *pharmakeus* y *phármakon*, que pasaron a significar, entre otras cosas, 'medicamento', 'veneno' y 'panacea'.² Pero ¿qué ocurre con los guerreros y los soldados? Ambos se sacrifican por su comunidad y, a su vez, son sacrificados por la sociedad con el fin de obtener, ante todo, seguridad (esto es, en pro de la defensa y la supervivencia) y, a menudo, también prosperidad y felicidad (esto es, expansión, desarrollo y bienestar). Evidentemente, no son chivos expiatorios, pero están dispuestos a hacer sacrificios, incluso el más grande de todos: morir en defensa de su sociedad y sus valores. Son incontables los soldados que han dado su vida en combate, y la guerra debería ser

vista como lo que es: el «rito colectivo» definitivo. Con todo, a lo largo de los siglos tanto guerreros individuales como ejércitos enteros han sido sometidos a mejoras farmacológicas de diversas y llamativas maneras. Y el *phármakon* se ha utilizado no solo para exacerbar su moral, sino también para incrementar su inclinación a sacrificarse por los demás. De hecho, como señala el fisiólogo alemán Georg Friedrich Nicolai en su libro *Biología de la guerra* (1918), lo que hace que la guerra sea algo excepcional y embriagador es la «ilimitada capacidad de autosacrificio» de los soldados.³ Su predisposición a morir en el nombre del bienestar de sus compatriotas o en el de una idea es incompatible con el instinto natural y biológico de autopreservación. En la civilización occidental, los hoplitas griegos fueron los primeros en superar «el natural terror humano», ya que, como dice John Keegan, «luchar cara a cara con armas mortíferas es un desafío a la naturaleza».⁴ Igual de paradójico y perturbador con respecto al «instinto de vida» es la afición humana a la ebriedad provocada no por necesidades médicas, sino por un deseo de placer y recompensa. Las drogas suelen ser venenosas, y abusar de ellas puede resultar fatal. David Courtwright lo ha expresado de un modo muy acertado:

Los alcaloides vegetales psicoactivos evolucionaron como un mecanismo de defensa contra los herbívoros. Los insectos y animales que comen esas plantas se marean y desorientan o experimentan alucinaciones ... En términos evolutivos, la intoxicación *accidental* puede ser útil: sirve de advertencia a un organismo para no volver a probar la planta. Pero la intoxicación *voluntaria*, al margen de los beneficios económicos que pueda reportar, es paradójica. Aparentemente desafía la lógica de la selección natural.⁵

Es decir, que tanto la ebriedad como la participación en el combate pueden considerarse, hasta cierto punto, contrarias a la supervivencia del individuo.

Me he centrado principalmente en la historia de las drogas «prescritas» a los soldados por parte de sus autoridades, no solo con propósitos medicinales, sino, sobre todo, para azuzarlos antes y durante la batalla y para ayudarlos después a relajarse. Los estimulantes, como el alcohol (en pequeñas cantidades), la cocaína y las anfetaminas, se han utilizado para mejorar la eficacia combativa de las tropas y producir mejores soldados. Al acelerar el ritmo de los procesos metabólicos, los estimulantes aumentan la fuerza física: incrementan la resistencia, aportan energía, suprimen la necesidad de dormir, combaten la fatiga y refuerzan las actitudes beligerantes. Asimismo, acrecientan el valor, mejoran la determinación y generan agresividad. En esencia, son capaces no solo de mantener, sino también —mediante la multiplicación de las habilidades y la fuerza humanas— de expandir el rendimiento en combate del soldado individual. Por el contrario, los sedantes, como el alcohol (en grandes cantidades), el opio, los opiáceos, la marihuana y los barbitúricos, se han utilizado para disminuir la fatiga de combate y prevenir o mitigar la neurosis de guerra, lo que en última instancia puede anular la eficacia de los soldados. La farmacología, pues, ha servido como medio para luchar contra el enemigo más peligroso del combatiente: los nervios.

A pesar de que el principal objeto de mi investigación era en origen la administración oficial y legal de sustancias psicoactivas, no he podido pasar por alto el uso no oficial, y generalmente ilegal, que de ellas hacen los combatientes. Durante siglos, los guerreros se han «autorrecetado» agentes psicotrópicos de distintos tipos, ya sean estimulantes, sedantes o alucinógenos. Por lo común, los soldados los toman de forma recreativa, para atenuar la fatiga de combate aguda y mitigar el miedo a la batalla, pero también para aplacar el aburrimiento, así como para incrementar su rendimiento y, con ello, sus probabilidades de supervivencia.

En la medida en que estos estados no limitaran su eficacia en combate ni debilitaran el ánimo de la tropa, a menudo los comandantes han mirado hacia otro lado.

En un intento por presentar un cuadro más general del uso militar de las drogas, también he esbozado a grandes rasgos los esfuerzos realizados por convertirlas en herramientas de guerra. Los estupefacientes, en efecto, se han empleado para minar la predisposición y la moral de las fuerzas enemigas, así como para paralizar temporalmente a su población civil. La búsqueda de armas psicoquímicas no letales, intensificada durante la guerra fría, cuenta con una larga historia que hunde sus raíces en los experimentos de los chamanes con «plantas mágicas». Al mismo tiempo que se elaboraban armas psicoactivas, la investigación ha tratado de hallar contramedidas farmacológicas que permitan una defensa eficaz frente a ataques psicodélicos. En ocasiones, los estupefacientes también se han utilizado como instrumento de subversión, ya que cuando una gran parte de la sociedad enemiga desarrolla una adicción, ello puede redundar en el deterioro de su tejido social.

En resumen, este libro representa un intento por estudiar el «subidón» de la guerra bajo tres aspectos:

1. las drogas «recetadas» al personal militar y distribuidas por las autoridades;
2. las drogas «autorrecetadas» por los propios combatientes, y
3. las drogas como herramientas de guerra, ya sea como armas psicoquímicas o como instrumentos de subversión.

Pero el tema no se agota con estas tres áreas. Tanto los estados como los grupos armados no estatales se han servido de la producción y el comercio de la droga para financiar sus actividades, incluida la guerra. Puesto que en ocasiones este aspecto arroja luz adicional sobre las tres for-

mas principales del uso militar de los estupefacientes, llegando incluso a condicionarlas, también lo he subrayado, aunque casi siempre como tema de fondo.

CONCEPTOS Y DEFINICIONES: LAS DROGAS Y LA ADICCIÓN

Cuando pensamos en las drogas, enseguida nos vienen a la cabeza sustancias como las anfetaminas, la heroína, la cocaína o la marihuana. Las drogas son sustancias psicotrópicas naturales o sintéticas que afectan al sistema nervioso central. En función del tipo de alteración del estado de conciencia que provocan, pueden identificarse tres sustancias psicoactivas:

1. estimulantes, que potencian la actividad del sistema nervioso y producen excitación psíquica o física (es decir, las anfetaminas y la cocaína);
2. depresores o hipnóticos, que retardan la actividad del sistema nervioso y producen efectos relajantes, tranquilizantes, somníferos o euforizantes (es decir, el alcohol, los barbitúricos, el opio y los opiáceos), y
3. alucinógenos, que perturban la actividad del sistema nervioso y alteran la percepción de la realidad (es decir, la atropina, el cannabis, la mescalina, la escopolamina, el LSD y el MDMA, conocido popularmente como «éxtasis»).

Curiosamente, algunas sustancias, dependiendo de la dosis, pueden tener efectos estimulantes o depresores. Por ejemplo, los depresores como el alcohol y el opio, en pequeñas dosis, pueden producir un leve efecto estimulante.

Las drogas tienen propiedades fuertemente adictivas y su abuso puede causar efectos psíquicos, físicos y sociales intrínsecamente dañinos; por eso hoy en día, en la mayoría de países, son sustancias ilegales, sometidas a un estricto

control y con muy pocas aplicaciones médicas. La palabra «adicción» deriva del latín *addictus*, que designaba al ciudadano de la antigua Roma al que, por no poder hacer frente a sus deudas, los tribunales privaban de libertad y convertían en esclavo de su acreedor.⁶ Los estupefacientes ejercen un efecto similar: sus propiedades adictivas esclavizan a quienes los consumen.

En cierto modo, el concepto de droga es de carácter sociopolítico, ya que se halla sometido a continuos procesos históricos, sociales y políticos de construcción, deconstrucción, reconstrucción y reinterpretación. Las políticas estatales, conscientes y sistemáticas, de prohibición y sanción de las sustancias psicoactivas datan de las primeras décadas del siglo xx, concretamente desde la introducción de las primeras regulaciones nacionales antidroga (en 1914 en Estados Unidos y en 1916 en el Reino Unido) y la adopción de los primeros acuerdos internacionales (como la Convención Internacional del Opio de la Sociedad de Naciones, en 1912). En función del contexto político, social y cultural, una sustancia que durante mucho tiempo ha sido legal y socialmente legítima puede convertirse de repente en una sustancia controlada e ilegal, salvo en algunos casos de aplicación terapéutica. Los procesos de regulación y penalización de algunas sustancias han levantado huracanes de controversias que han convertido la noción de «droga» en algo muy discutible. Pensemos, por ejemplo, que el alcohol sigue siendo legal a pesar de sus fuertes propiedades psicotrópicas y su considerable potencial adictivo. En 1958, Maurice Seevers publicó una escala de adicción en la que se incluían diferentes sustancias. A cada una de estas se le asignaban puntos a partir de su capacidad para provocar tolerancia, dependencia física y emocional, deterioro físico y comportamientos antisociales. La puntuación máxima, 20 puntos, fue para el alcohol; los barbitúricos obtuvieron 18; la heroína, 17; la cocaína, 14, y la marihuana, solo 8.⁷ ¿Por qué en Estados Unidos el opio y la morfina fueron legales